

PROBLEMAS DE LA DEMOCRACIA Y DE LA LEGITIMACIÓN DEMOCRÁTICA ¿EXISTEN ALTERNATIVAS PARA EL ESTADO DE PARTIDOS DEMOCRÁTICOS?

ULRICH VON ALEMANN

“¡NOSOTROS SOMOS EL PUEBLO!”, COREABAN DESAFIANTEMENTE los manifestantes de Leipzig en otoño de 1989. Ellos aceleraron dramáticamente la caída del muro y la desintegración de la RDA, y con ello provocaron la reunificación de Alemania en el vertiginoso lapso de un año. “¡Nosotros somos el pueblo!” Esta frase genial de la década, que ha llegado a ser famosa en todo el mundo, reclamaba legitimación democrática donde ésta había sido negada. ¿Dónde residen los problemas de la legitimación democrática hoy día? ¿Acaso son los partidos el problema principal? En el presente trabajo aclararé, ante todo, nuestro concepto de la legitimación democrática, para tratar luego de abordar estos problemas con en planteamiento de siete preguntas.

LEGITIMACIÓN DEMOCRÁTICA, ¿QUÉ ES ESO?

El grito de los manifestantes de la RDA sirvió como un fanal, pero sólo al principio. En realidad quería decir: “El pueblo, eso somos nosotros y no los cuadros del partido (SED),¹ ni los caciques, ni los burócratas!” Éstos incluso habían sido reconocidos por la Constitución de la RDA de entonces. Allí no decía “todo el poder estatal emana del pueblo”, como en la Ley Fundamental de Bonn (art. 20), según la tradición liberal y democrática de las revoluciones burguesas de Francia y la Declaración de Independencia de Estados Unidos, sino que allí, en el primer artículo de-

¹ Sozialistische Einheit Deutschlands: Partido Socialista Unificado.

cía que la RDA “es la organización política de los obreros en la ciudad y en el campo que, conjuntamente y bajo el liderazgo de la clase trabajadora y su partido marxista-leninista, hacen realidad el socialismo”.

Más adelante el artículo cuarto rezaba: “Todo el poder es para el bien del pueblo”; es decir, a la inversa de lo asentado en la Ley Fundamental de Bonn: el poder no emana del pueblo sino que se pretende, patriarcalmente y desde arriba, que el poder estatal sirva para el bien del pueblo. En la antigua RDA, por lo tanto, la legitimación democrática no llegaba muy lejos, al igual que en todos los estados autoritarios comunistas, ya que debían cumplirse cuatro condiciones; en primer lugar era que existiera una *constitución formalmente democrática*.

En segundo lugar, la constitución debe garantizar materialmente *procedimientos propios de un Estado de derecho* que excluyan la arbitrariedad; en tercer lugar, los *derechos y valores fundamentales* deben garantizarse y protegerse de manera confiable, a través de la constitución y de la práctica legal, incluso para minorías críticas, y en cuarto lugar, el ciudadano debe reconocer estos procedimientos y derechos fundamentales y debe poder *confiar* en ellos.

Son entonces, cuatro las condiciones básicas que se requieren para que exista legitimación democrática:

- 1 Una constitución democrática;
- 2 procedimientos democráticamente controlados;
- 3 derechos y valores fundamentales que protejan al individuo, pero también a la oposición y a las minorías; por ejemplo, libertad de prensa, de asociación y de reunión y,
- 4 el reconocimiento de este orden democrático por parte de los ciudadanos y la confianza de éstos en dicho orden.

Estos cuatro elementos básicos de la legitimación democrática evidentemente se podrían detallar más. Los partidos políticos, por ejemplo, no figuran entre estos elementos básicos, si bien representan el motivo principal de nuestra atención. El Tribunal Federal Constitucional de Alemania ha planteado una posible diferenciación de los principios de legitimación al definir la noción de “orden fundamental liberal-democrático”, que aparece repetidas veces en la Ley Fundamental, sin que se defina en ella:

[Es un orden que,] excluyendo cualquier forma de dominio despótico o arbitrario, representa un orden de Estado de derecho basado en la autodeterminación del pueblo, según la voluntad de la mayoría en turno, en la libertad y en la igualdad. Los principios fundamentales de este orden in-

cluyen como mínimo: el respeto a los derechos humanos plasmados en la Ley Fundamental, sobre todo el derecho de la persona a su vida y a su libre desarrollo, la soberanía del pueblo, la división de poderes, la responsabilidad del gobierno, la legalidad de la administración, la independencia de los tribunales, el principio pluripartidista y la igualdad de oportunidades para todos los partidos políticos, con el derecho a la formación y el ejercicio de la oposición acorde con la Constitución.

Ahí encontramos a los partidos políticos, como corolario de esta definición de la legitimación democrática: “el principio pluripartidista, y la igualdad de oportunidades para todos los partidos políticos, con el derecho a la formación y el ejercicio de la oposición acorde con la constitución”.

Si nos alejamos del contexto alemán y nos asomamos a la teoría internacional de la democracia, encontramos que el estadounidense Robert A. Dahl cita seis características esenciales que definen lo que él llama la “poliarquía”, es decir, el gobierno de muchos:

- Funcionarios electos;
- elecciones libres, justas y celebradas periódicamente;
- sufragio universal, en el sentido de que todos o casi todos los adultos tengan derecho al voto para elegir a quienes aspiren a cargos políticos;
 - sufragio pasivo para todos o casi todos los adultos;
 - libertad de opinión;
 - libertad de información, organización y coalición, especialmente la libertad de formar partidos políticos y grupos de presión independientes.

Por lo tanto, también para Robert A. Dahl tanto la pluralidad de los partidos, como la de los grupos de presión, constituyen una característica esencial de la legitimación democrática.

Echemos un tercer vistazo a la infinita variedad de posibilidades de definir lo qué es la democracia. Veamos la impresionante obra de Giovanni Sartori, “*Teoría de la democracia*”.² Para sorpresa del lector, Sartori, rehusa formular una definición positiva y concreta de la democracia en su libro fundamental, aunque el mismo, esté dedicado totalmente a este único tema. Él justifica el hecho arguyendo la gran variedad y temporalidad de cualquier definición. Pero no deja al lector con las manos

² Giovanni Sartori, *The Theory of Democracy Revisited, Part One; The Contemporary Debate*, Chatham House Publishers Ind., 1987 (hay traducción al español): *Teoría de la democracia. El debate contemporáneo*; Madrid, Alianza Universidad, 1988).

vacías. Define lo que *no* es la democracia: “La democracia es un sistema en el cual nadie puede elegirse a sí mismo, nadie puede otorgarse a sí mismo el poder de gobernar, y en consecuencia, nadie puede arrogarse de un poder incondicional e ilimitado”. Esta negación explica, por qué, según la convicción de Sartori, sólo puede haber *una* democracia. No existe una “segunda” democracia, independientemente de que se presente como democracia del pueblo comunista o como democracia fundamentalista verdadera y auténtica, sea cual fuere su procedencia. La noción de democracia es indivisible y, por lo tanto, la formación de voluntad organizada y realizada por medio de la competencia entre partidos y grupos de presión es inherente a la noción de democracia: sin la libre competencia entre los partidos no existe democracia.

En este contexto, la competencia entre los partidos no debe acrecentar el conflicto sino la pluralidad, condición a partir de la cual se puede generar el consenso. He ahí el “punto decisivo” de la teoría de la democracia de Sartori:

que la disensión, la oposición, la contrapolítica y la controversia –todas en el marco del *pluralismo*, de la concepción pluralista de la sociedad y la historia– adquieran un valor y un papel positivo. Pluralismo es, ante todo, el creer en el valor de la variedad. Y creer en la variedad –creer en una dialéctica de la variedad– es opuesto a creer en el conflicto. Por ello, la teoría de la democracia no deriva de su orientación pluralista ningún elogio del “conflicto” (ni podría hacerlo), sino un manejo dinámico del consenso, según el principio de que todo lo que pretende ser correcto o verdadero debe ser capaz de superar la crítica y la contradicción y salir fortalecido de ese proceso.

PREGUNTA 1: ¿DÓNDE RESIDE EL PROBLEMA DE LA DEMOCRACIA HOYDÍA?
¿EN LA AUSENCIA DE ENEMIGOS, O EN LA MULTIPLICIDAD DE ENEMIGOS?

A partir de 1989, año del cambio en Europa ha ocurrido una transformación política de gran trascendencia. La cortina de hierro que atravesaba Europa se derrumbó, la antigua RDA se desintegró, el muro de Berlín fue vendido como recuerdo en pequeños trozos por toda la faz de la tierra, las dos Alemanias se reunificaron, los regímenes comunistas en toda Europa oriental se desplomaron, Checoslovaquia se dividió en dos, la URSS se ha atomizado, en la antigua Yugoslavia todavía reina la guerra civil. La Europa de los Tratados de Roma, de ser la antigua CEE, pasó a ser la CE, y después de Maastricht fue a convertirse en la UE, recientemente ampliada a 16 miembros, al incorporar a los antiguos

estados de la EFTA. Las democracias del oriente europeo procuran integrarse a la UE y aliarse a la OTAN. El mundo, considerado según los criterios del periodo de posguerra, está de cabeza.

Poco después de 1989, el mundo de verdad parecía haberse detenido. El estadounidense Fukuyama, vaticinaba el fin de la historia después del colapso de la división bipolar. Algunos políticos e investigadores de conflictos, aseveraban eufóricamente que iba a empezar la paz eterna. El sociólogo alemán Ulrich Beck, opinaba que había que reinventar la política; según él, con la desaparición del antagonismo este-oeste, se había producido una situación casi paradójica: en Alemania la política se seguiría llevando a cabo conforme las antiguas reglas del juego, al mismo tiempo, había surgido en Europa “un espacio de selva política, de jungla carente de instituciones”.

El juego de la sociedad industrial clásica sigue su curso, al tiempo que muchos reclaman un cambio radical en las reglas de ese juego. Sirva de ejemplo la política exterior: sigue siendo válido el principio férreo de la no intervención, a la vez que, por razones humanitarias y de preservación de la paz, no sólo se pregona sino también se practica el principio contrario, la intervención. Existen partidos clasistas sin clases, ejércitos sin enemigos, aparatos estatales que ponen en marcha lo que de todos modos ocurriría, aun sin su participación. Hay un resurgimiento de la incertidumbre en la política.

Según otra idea de Ulrich Beck (1993), nos confundiría vivir en una sociedad sin enemigos, después de que el conflicto este-oeste había quedado abolido. Sin embargo, no tardó mucho en ponerse de manifiesto que no requeríamos del antagonismo este-oeste para cultivar conflictos. La diferencia respecto a la situación anterior es que ahora los conflictos se multiplican, la situación se torna cada vez más confusa y las propuestas de solución son cada vez más complicadas. No obstante, se desarrollan también evoluciones alentadoras: pensemos no sólo en la caída del muro de Berlín, sino además en la histórica abolición del *apartheid* en Sudáfrica, y en el sensacional proceso de pacificación acordado entre Israel y los palestinos. Todos estos conflictos están relacionados con la autodeterminación y la democracia, y se encuentran en un alentador proceso de solución.

PREGUNTA 2: EL HASTÍO POR LA POLÍTICA ¿CUÁLES SON LOS SÍNTOMAS?

“Hoy día no hay manera más fácil de ganar aplausos, que criticar a los partidos” ¿Quién pudo haber dicho esto recientemente? Esta frase

puede escucharse actualmente en casi cualquier estado de Europa, aunque su autor sea el politólogo alemán Otto Heinrich von der Gahlen y date de 1952. Desde luego, no es nada nuevo criticar a los partidos. El hastío por los partidos y la política no son algo nuevo. Sin embargo, la crítica a los partidos políticos desde hace algunos años es expresada por un número cada vez mayor de voces. Este es el caso de Alemania, sobre todo después de la unificación, a pesar de que su sistema de partidos es, comparado con los de la mayoría de los países de Europa y otras zonas del mundo, uno de los más estables y eficaces que existen (*cf*r Alemann, 1995).

En el coro de críticos de los partidos están las voces de los medios de comunicación, del ámbito académico y de la política misma. Así, por ejemplo, Konrad Adam, afirma en el renombrado diario *Frankfurter Allgemeine Zeitung* del 3 de septiembre de 1992: "Los partidos detentan poder, pero han olvidado cómo se ejerce de manera responsable. Reducen la concepción del bien común a los intereses de su grupo, quien a su vez los confunde con sus ventajas personales". Científicos ampliamente conocidos como el sociólogo Erwin K. Scheuch y el jurista de Estado Hans-Herbert von Arnim, enarbolan la misma bandera al escribir sobre *Grupitos, camarillas y carreras. Acerca de la decadencia de los partidos políticos* (Reinbek, 1992), o bien sobre *El Estado como botín* (Munich, 1993), e incluso el ex presidente federal Richard von Weizsäcker, reprocha a los partidos "el haberse convertido en un sexto órgano constitucional no establecido, el cual ejerce una influencia cada vez más profunda, y a veces incluso, totalmente dominante sobre los otros cinco" (Weizsäcker, 1992, p. 140).

En mi opinión, gran parte de esta crítica recuerda fatalmente el final de la República de Weimar, por su aversión a los partidos del "sistema". Aquí se trasluce mucho de esa antigua hostilidad alemana hacia los partidos que es, a la vez, una hostilidad hacia el pluralismo. Una actitud que consiste en preferir sólo partidos "apartidistas", que tengan como único objetivo el bien común.

Pero en Alemania y en toda Europa, el debate se da no sólo en los medios de comunicación. Existen numerosos síntomas de un miedo creciente ante el futuro. Quisiera enumerar diez puntos que se están discutiendo allí, pero que interesan a casi todos los estados europeos:

- 1) La militancia en los partidos va decreciendo.
- 2) El abstencionismo aumenta continuamente.
- 3) La fragmentación del sistema de partidos va en aumento.
- 4) La proporción de votantes fieles es cada vez menor.

5) La confianza general de la población en los partidos y en los políticos disminuye.

6) Aumenta el distanciamiento de los jóvenes de la política y su inclinación a resolver los conflictos de manera violenta.

7) Disminuye la confianza en otras instituciones públicas y organizaciones sociales masivas, incluyendo sindicatos e iglesias.

8) Va en aumento el número de escándalos políticos consignados por los medios de comunicación.

9) Los grandes partidos de oposición en los parlamentos no se benefician del descontento, sino que también pierden votos a manos de pequeños partidos de protesta.

10) Es general la pérdida de confianza en la capacidad del sector político y económico para resolver problemas. "Todos los políticos son corruptos", o bien, "el hombre de la calle siempre resulta engañado", son frases que se escuchan continuamente en las encuestas.

Pero no solo en Alemania, sino en todos los países occidentales, la opinión pública parece estar convencida de que justo en el país respectivo los políticos, los partidos y los medios de comunicación tienen graves problemas, independientemente de que se trate de Estados Unidos, Francia, Inglaterra, Austria, Italia o España. Si se comparan los resultados de las encuestas, se ve que el prestigio de los partidos está en declive en casi todos los países. Así, por ejemplo, en Francia tradicionalmente se han manifestado fuertes sentimientos de aversión hacia los partidos políticos. En los Países Bajos, las elecciones municipales de principios de 1994 han vuelto aún más caótico el sistema de partidos, ya de por sí confuso. En Estados Unidos, a principios de los años setenta, el periodista David S. Broder publicó un influyente libro con el título *The Party's Over* (Nueva York, 1971). ¿De veras se acabó la fiesta, se acabó el partido? Desde entonces, politólogos de todo el mundo están investigando el declive de los partidos. Pero también hay quien defiende la tesis contraria: *The Party's Just Begun* (la fiesta, el partido acaba de empezar) es el título del libro de Larry J. Sabato (Boston, 1988), que nos habla de una reanimación de los partidos estadounidenses, de la cual había indicios concretos desde la victoria electoral de Bill Clinton en 1992. Sin embargo hace mucho que esto ha vuelto a cambiar.

También el sistema de partidos italiano fue declarado muerto en 1993, después de algunos escándalos de corrupción difíciles de imaginar. De hecho, el partido Democrazia Cristiana (DC), que había sido el partido estatal líder durante décadas, tuvo que cambiar su nombre por

el de Movimento Popolare después de haber quedado totalmente desacreditado, entre otras razones, por sus contactos con la mafia. La dirección del Partido Socialdemócrata (PSI) también se vio envuelto en el remolino de las revelaciones de corrupción. Sin embargo, después de una reforma electoral radical y de haberse efectuado las elecciones, el sistema de partidos no desapareció, sólo llevó al poder nuevos rostros. El populista zar de los medios de comunicación, Silvio Berlusconi, formó un gobierno de coalición integrado por su movimiento Forza Italia, de la derecha conservadora, la autonomista Lega Nord y los neofascistas. Pero las acusaciones de corrupción no se desvanecieron. Berlusconi pronto se vio obligado a renunciar. Actualmente gobierna un gabinete de tecnócratas en un periodo de transición.

Si los partidos muestran síntomas de crisis en toda Europa y en los países industrializados del mundo entero –no hablemos siquiera de los Estados poscomunistas y de sus problemas con la creación de partidos–, es evidente que no puede tratarse de un problema doméstico. En el fondo debe haber una tendencia generalizada en los países industrializados. Es obvio que no puede tratarse del fracaso de determinados partidos o de personajes políticos aislados, ni tampoco de deficiencias estructurales exclusivas del sistema político alemán, ya que los síntomas se presentan con gravedad similar en todos los sistemas europeos de partidos. Tres tendencias de cambio se invocan con mayor frecuencia para explicar las alteraciones en el sistema de partidos: modificaciones en los valores, en los medios de comunicación y en la política.

PREGUNTA 3: ¿RADICAN LAS CAUSAS DE LOS PROBLEMAS EN EL CAMBIO DE LOS VALORES?

Las sociedades modernas son sistemas dinámicos donde ocurren cambios permanentes, a diferencia de las sociedades estáticas tradicionales. Las sociedades industriales modernas viven del crecimiento y de la expansión económicos y de una alta movilidad, que van de la mano con cambios sociales. Una consecuencia de esto es la modificación relativamente rápida de los valores morales y sociales aceptados por la mayor parte de la sociedad. También los partidos han tenido que experimentar en repetidas ocasiones desde su fundación, estos procesos de cambio: al que llega tarde, lo castiga el elector.

Si bien existen mutaciones desde el principio de la época moderna, sólo a partir de los años setenta se ha presentado un debate especial sobre el cambio de valores –debate iniciado por el estadounidense Ronald

Inglehart (1997) con su tesis de la *silent revolution*. La revolución silenciosa que se produce a través del cambio de valores en los países industrializados. La tesis sostiene que los viejos valores materialistas, como los relativos a los altos ingresos, el crecimiento, el orden y la seguridad, son desplazados por nuevos valores posmaterialistas, tales como la autorrealización, la participación y el cuidado del equilibrio ecológico.

Las consecuencias para la política no se pueden pasar por alto. Precisamente en países con un gran número de “posmaterialistas” prosperaron los movimientos de protesta políticos y ecológicos. Las acciones ciudadanas desafiaron a los partidos establecidos y formaron otros nuevos (como los ecologistas o los “verdes”) que lograron arraigarse como fuerza permanente dentro de los sistemas de partidos alemanes y de muchos otros países europeos.

Sin embargo, en teorías más recientes sobre el cambio de valores, la dimensión materialismo-posmaterialismo se ve relegada a un segundo lugar. Es evidente que, a pesar del cambio de valores en los estados capitalistas, el materialismo sigue siendo una base decisiva. Ahora, por el contrario, se acentúa la individualización. Los sociólogos describen esta tendencia usando palabras tales como pluralización, fragmentación y desestructuración (Beck, 1993). Dicho en palabras más sencillas: la sociedad ya no se divide en unas cuantas clases, sino que se fragmenta en miles de facetas.

Por ejemplo, en lugar del matrimonio tradicional existe un sinnúmero de formas de convivencia social temporalmente limitadas. Las razones para apoyar a un partido determinado, o para pertenecer a un sindicato o a una iglesia pueden ser igualmente cambiantes y variadas. Así, son cada vez menos los jóvenes que se vinculan a largo plazo a un partido, una iglesia o un sindicato. La gente se vuelve más crítica. Pero la individualización se torna problemática cuando deviene en egocentrismo y mera maximización de beneficios, según el lema: “cada quien es el prójimo de sí mismo”. Es así que la mutación de los valores, en términos generales, puede explicar mucho acerca de las rápidas tendencias de cambio y de las formas de atomización en la política y en el sistema de partidos.

PREGUNTA 4: EL CAMBIO EN LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN ¿HA MODIFICADO LA POLÍTICA?

Estamos viviendo en un mundo que cuenta con medios de comunicación totalmente diferentes de los que existían en 1950, por ejemplo, y

también diferentes de los que había en 1980. Tenemos más medios con un espectro mucho más amplio, nuevos canales de televisión, ofertas de video o medios interactivos como el CD-ROM. Al mismo tiempo y contrariando los vaticinios de algunos críticos de la cultura, los medios antiguos no sólo no sucumbieron sino que se han entremezclado en una inabarcable variedad de medios nuevos y viejos, como ha podido apreciarse en la feria del libro más grande del mundo, la de Frankfurt, que ha roto récords de visitantes y expositores, y ha integrado los medios electrónicos.

El sociólogo alemán Gerhard Schulze ha acuñado un nuevo concepto, el de la "sociedad vivencial". Es característico de la gente joven y activa el satisfacer sus necesidades inmediatamente; la vida misma se ha convertido en un proyecto de vivencias; la elección diaria entre diversas posibilidades se basa en el valor vivencial de la alternativa elegida: puede escogerse entre diversos artículos de consumo, hábitos alimentarios, profesiones, pareja, situación de vivienda y también personajes de la vida pública y política.

No es de extrañar que esta "sociedad vivencial" tenga repercusiones masivas sobre la política y los partidos. Es, en gran parte, un fenómeno atribuirle a los medios de comunicación, como lo demuestra la importancia de la publicidad para el valor vivencial de los productos.

La creciente comercialización de los medios de comunicación en Europa ha fortalecido a los oferentes privados que se anuncian en la televisión, y eso ha aumentado su competencia por los telespectadores. La oferta ha cambiado drásticamente hacia más entretenimiento y más publicidad. *Nos divertimos a morir*, fue la expresión que el periodista estadounidense Neil Postman usó como título en su conocido libro *Amusing Ourselves to Death: Public Discourse in the Age of Show Business* (1986). La información política ya no interesa, por eso se mezcla o se adultera con entretenimiento para convertirla en *infotainment* (información-entretenimiento). El pasar apresuradamente de acción en acción es característico del comportamiento de los medios de comunicación y también del estilo de vida de muchos jóvenes. El *zapping* con el control remoto, y el *channel-surfing* se han puesto de moda. ¿Cómo podría prosperar la estabilidad política en este ambiente? No se puede dejar de apreciar los paralelismos entre el *zapping* y el comportamiento cambiante del votante en las urnas.

Pero también cambiaron los estilos de comunicación y de información del periodismo de opinión. Se ha generado un periodismo posmoderno de talante progresista. Al igual que el votante, el periodista cambia rápidamente de orientación política. Ya no es usual mantener

una línea consistente con la cual uno se sienta comprometido. Esto hace que la política y los partidos, y sobre todo los políticos de los partidos, se vuelvan vulnerables a las campañas de los medios de comunicación. Si éstas se hacen para revelar abusos reales, entonces no hay nada que objetar; sin embargo, si tienen la única finalidad de incrementar el tiraje o el *rating*, el asunto se vuelve problemático.

PREGUNTA 5: ¿SON LAS MODIFICACIONES DE LOS VALORES Y LA TRANSFORMACIÓN EN LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN CONDICIONANTES DEL CAMBIO EN LA POLÍTICA?

El cambio de los valores y de los medios modifica a su vez el entorno de los partidos, así como a los partidos y la política mismos. En este sentido, los medios no sólo penetran en la estructura de comunicación de los partidos, sino que también compiten con ellos. Al ciudadano común le queda poco tiempo para el trabajo político: La sociedad vivencial, con sus *shows* televisivos y sus transmisiones de fútbol le absorbe demasiado tiempo, las iniciativas de los ciudadanos y los grupos de acción vecinal también exigen tiempo, y este tiempo falta para el trabajo en el partido. Esto significa que los partidos sufren una presión competitiva mucho mayor que la que soportaban en el pasado.

Los partidos, con sus formas tradicionales, no proporcionan vivencias comunitarias como lo pueden hacer los movimientos políticos, con impresionantes manifestaciones masivas o con un intenso trabajo de base. Los partidos tuvieron que ceder a los medios de comunicación su papel como instancias que interesan al público sobre cuestiones candentes: ya no son los partidos quienes determinan los grandes temas. También esto se debe al hecho de que los grandes partidos quieren decir mucho a la vez, son demasiado heterogéneos y emiten mensajes contradictorios.

Los grandes partidos han caído en una “trampa de modernización”. Su fortaleza inicial se debió a un gran número de afiliados y a el alto porcentaje de votantes fieles. En el afán de atraer a las nuevas clases medias posmaterialistas y a los estratos ascendentes de la sociedad vivencial, los partidos han descuidado a sus seguidores tradicionales. El politólogo alemán Elmar Wiesendahl ha descrito esta trampa del siguiente modo:

Hagan lo que hagan, los partidos de integración, abiertos al estilo de partidos populares, se encuentran en una trampa de modernización. Por un lado, arriesgaron de manera imprudente las reservas de lealtad de sus grupos núcleo y de su sector de afiliados, sin poder compensar esto, en

términos de nuevos votantes, a través de sus estrategias de modernización. La capacidad de comprensión y de absorción de los partidos populares, frente a una sociedad que se divide y se desarrolla cada vez más en diferentes sentidos, ya se agotó. Por otro lado, ya no hay forma de regresar al partido cerrado y reservado para ciertos ámbitos sociales o credos políticos, ya que los estratos de electores ganados gracias a la modernización de los partidos populares no aceptarían esta retirada nostálgica de la época moderna (Wiesendahl, 1992, pp. 13 y 55.).

En resumen, los síntomas de la crisis saltan a la vista: los partidos se quedan sin sus afiliados y seguidores, y los jóvenes se interesan cada día menos por el arduo trabajo de partido. Sube el abstencionismo, en la medida en que bajan, el prestigio de los partidos y el de los políticos. Cuando se investigan las causas más profundas, se encuentran elementos para afirmar que no se trata de problemas aislados, porque en todos los países industrializados hay cada vez menos identificación con los partidos políticos. Seguramente el cambio de valores es una de tales causas, y este cambio a su vez es consecuencia del crecimiento económico y de la seguridad social. Aumentan las orientaciones posmaterialistas, el individualismo y la tendencia hacia la "sociedad vivencial", (Schuelze, 1993), en la cual el individuo busca la satisfacción inmediata de sus necesidades e intereses. Los partidos, al igual que todas las organizaciones masivas, se ven afectados gravemente por estas tendencias y tendrán que transformarse.

PREGUNTA 6: ¿ABOLICIÓN DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN FAVOR DE UNA DEMOCRACIA DIRECTA?

¿Existen alternativas al sistema democrático de partidos? ¿Hay en el mercado político competidores para los partidos? ¿Quiénes podrían ser estos competidores?

Probablemente se trate de:

- Corporaciones y grupos de cabildeo ante parlamentos y gobiernos, que intervienen, sobre todo en la compleja política internacional, ya sea de la UE, la ONU o el TLC;
- iniciativas de ciudadanos, movimientos sociales y agrupaciones de votantes libres, pero también ONG y QUANGO;³

³ Abreviación de *quasi-autonomous no government(al) organization*.

- los medios de comunicación, incluyendo a la televisión interactiva como instrumento para llevar a cabo plebiscitos, o;
- el pueblo al natural, es decir, una ampliación general de la democracia directa mediante plebiscito, según el ejemplo de Suiza.

Todos estos competidores confirman la existencia de tendencias reales en las democracias de partidos, pero no constituyen una verdadera alternativa. La importancia de las corporaciones y del cabildeo sigue aumentando. Se trata aquí, en parte de *public interest groups* (grupos de presión), que a menudo tienen una motivación profundamente democrática, como, por ejemplo, Common Cause en Estados Unidos, o Grenpeace y Amnesty International, en el ámbito mundial. Sin embargo, son justificables las posiciones contra la creciente influencia política de este tipo de corporaciones en detrimento de la que ejercen los partidos, ya que éstos tienen que hacer frente a elecciones democráticas, en tanto que las corporaciones no. Lo mismo es cierto para las iniciativas de ciudadanos, los movimientos sociales y los grupos de electores independientes, por más idealistas y honorables que sean sus motivaciones y sus objetivos. Sin lugar a dudas, tienen un amplio campo de acción en el ámbito de la política municipal, y es allí donde deberían entrar en una mayor competencia democrática con los partidos.

Los medios de comunicación seguramente seguirán compitiendo con los partidos por obtener influencia: su poder va a seguir en aumento. Por esta razón y en vista de la concentración informativa que ejercen la prensa y la televisión en todo el mundo, el control y la transparencia en su manejo adquieren cada vez más importancia. Particularmente preocupante es la tendencia a la creación de gigantescos consorcios que combinan todas las formas de comunicación. Sin embargo, más problemática que la competencia entre los partidos y los medios de comunicación –donde al menos se puede esperar que haya un control recíproco– sería una mayor compenetración entre los intereses de los partidos y los medios. Tal fue, por ejemplo, el caso de Silvio Berlusconi, a quien las elecciones convirtieron, de zar de los medios de comunicación, en jefe de gobierno. Aquí, obviamente, ya no se puede hablar de la opinión pública como el cuarto poder que, se supone, controla a los otros tres.

Muchos críticos de los partidos, de las corporaciones y, de los medios de comunicación procuran el reforzamiento de la democracia directa mediante el uso de referendos, plebiscitos y otras manifestaciones de la voluntad popular. Sin embargo, los ejemplos de Suiza y Estados Unidos, donde estos elementos de democracia directa forman

parte de la vida cotidiana, muestran que tales manifestaciones debilitan a los partidos, al tiempo que las corporaciones y los grupos de acción se fortalecen. Por muy necesarios que sean los elementos de democracia directa como complemento del sistema representativo, llegan a causar problemas si constituyen la única alternativa, puesto que los referendos no pueden establecer compromisos ni tomar decisiones prioritarias. De este modo se fortalecen más los intereses particulares bien organizados, los grupos de veto y las tendencias conservadoras que se aferran al *status quo*.

Por lo demás, en Alemania se ha demostrado que los plebiscitos en los *länder* (estados federados) no hacen que los partidos salgan sobrando. Los plebiscitos sólo han tenido éxito cuando uno de los grandes partidos —normalmente el de la oposición— se ha aliado con las grandes corporaciones, como, por ejemplo, las iglesias, los sindicatos o los grupos ecologistas. Según esto, un fortalecimiento de la democracia directa, no dejaría sin trabajo a los partidos, quienes seguramente se servirían de este instrumento.

PREGUNTA 7: ¿REFORMAS DE LOS PARTIDOS Y DE LA POLÍTICA?

La solución debe ser no abolir la democracia de partidos sino reformarla y fortalecerla democráticamente. El debate sobre el hastío que provocan los partidos y la política no ha sido inadvertido por los partidos en Europa, ya que en general, éstos suelen ocuparse de sí mismos. Aunque también tengan la opinión de que esta crítica masiva es un fenómeno provocado intensionalmente por los medios de comunicación, y aseguran que los periódicos agrandan cualquier escándalo o abuso desproporcionadamente sólo para aumentar su tiraje, no ha prevalecido la actitud de “endilgarle el muerto” a otros. Como reacción a la crítica han surgido también muchas voces autocríticas.

Los partidos deben aprender a considerarse a sí mismos como organizaciones de servicio para sus miembros y particularmente para sus votantes. Se ocupan demasiado de sí mismos, debiendo poner mayor empeño en atraer más miembros de fuera y tomar más en cuenta las opiniones y los valores de los votantes. La administración interna de la organización debe profesionalizarse.

Seguramente estos objetivos implican buscarle la “cuadratura al círculo”, puesto que la profesionalización es algo opuesto a los intereses de la democracia de base. La orientación hacia los votantes y la enfocada hacia los miembros pueden ser usadas para derrotar a una con

la otra. Una excesiva orientación hacia las bases puede volver difusa la imagen exterior del partido. Por ello no existe un camino perfecto hacia la reforma de los partidos y de la política.

Una reforma a fondo de los partidos debe cubrir un amplio frente y no puede limitarse a realizar una “cosmética” organizacional. Hay que esforzarse en especial por reconstruir la credibilidad de los partidos en cuanto a de su capacidad para resolver competentemente los problemas. Hay que hacer patente que la pluralidad y diversidad de los partidos es algo muy valioso. Si bien esta pluralidad puede dar pie a conflictos, de ellos surgirá el consenso.

La abolición de los partidos significaría la liquidación de la pluralidad en la sociedad, y la muerte de la pluralidad equivale al anquilosamiento y a la inmovilidad. Eso no puede desearlo nadie. La pluralidad es la esencia de la legitimación democrática. Y con ello, volvemos al principio de nuestro trabajo, o sea, a la definición de la legitimación democrática que no se concibe sin un sistema pluripartidista.

“Nosotros somos el pueblo”, así comencé estas páginas. Los partidos no deberán olvidar jamás este clamor por la legitimación democrática. Si bien ellos son importantes y necesarios, una cosa no son: no son el pueblo. El pueblo somos nosotros.

BIBLIOGRAFÍA

- Alemann, Ulrich von (1995), *Parteien*, Reinbeck.
- Arnim, Hans Herbert von (1993), *Der Staat als Beute*, Munich.
- Beck, Ulrich (1993), *Die Erfindung des Politischen. Zu einer Theorie reflexiver Modernisierung*, Frankfurt.
- Broder, David S. (1971), *The Party's Over*, Nueva York.
- Dahl, Robert A. (1971), *A Preface To Democratic Theory*, Chicago, Londres, 1971 (primera edición, 1956).
- Inglehart, Ronald (1977), *The Silent Revolution: Changing Values and Political Styles among Western Publics*, Princeton.
- Postman, Neil (1986), *Amusing Ourselves to Death: Public Discourse in the Age of Show Business*, Londres, Penguin.
- Sabato, Lary J. (1988), *The Party's Just Begun*, Boston.
- Sartori, Giovanni (1987), *The Theory of Democracy Revisited, Part One; The Contemporary Debate*, Chatham House Publishers Ind., 1987. Traducción al español, Teoría de la democracia. El debate contemporáneo; Madrid, Alianza Universidad, 1988. Edición alemana, Darmstadt, 1992.
- Schulze, Gerhard (1993), *Die Erlebnisgesellschaft, Kultursoziologie der Gegenwart*, Frankfurt, Nueva York.

Weizsäcker, Richard von (1992), *Im Gespräch mit Gunter Hofmann und Werner A. Perger*, Frankfurt.

Wiesendahl, Elmar (1992), "Volksparteien im Abstieg"; *Aus Politik und Zeitgeschichte*, núm. 34-35, pp. 3-14.